

Manuel Azaña es el blanco de las voces que piden justicia (justicia para su criterio) por los últimos sucesos. El mismo ha declarado su repudio de los aspectos extremistas de la revolución, su salida de la Generalidad Catalana al querer proclamar Companys la independendencia del Estado Catalán. No importa. Manuel Azaña fué el hombre que metió en cintura a los militares. Hoy estos se gozan con la idea de verle caído. Fué el hombre que preconizó una reforma agraria que hoy acepta en casi todos sus puntos, por absoluta necesidad, el mundo que no la había realizado. Hoy los que se veían perturbados en el goce pacífico de sus cotos de caza, echan leña al fuego.

No se rehabilita una situación en poco tiempo. La misma guillotina hizo caer las cabezas de los reyes y de Dantón y Saint-Just. La revolución española parece caminar por derroteros distintos a los que tomó al iniciarse. Azaña es el hombre que recibirá ahora todos los golpes que no le pudieron dar cuando mandaba. ¿Fracasado?... Quizás. Pero fracasado en buena lid y dejando, por encima de la baba que ahora le echan muchos, la realidad de un hecho indudable: No se doblegó ni inclinó la cabeza ante presiones contrarias a su propio pensamiento y al programa que se había trazado. Quién sabe si Azaña es todavía el hombre-reserva de la política española.

Franc-Nohain

Ha muerto Franc-Nohain. Era el fabulista contemporáneo. Heredero del espíritu de La Fontaine, actualizaba los temas y daba a las fábulas un aire de nuestro tiempo, que las hacía más frescas y más fáciles de llegar al lector por sus roces cotidianos con los «personajes» del tema. Grasset publicó en 1931, un volumen donde se reunían los nueve libros de las fábulas de Franc-Nohain. Figuraban entre estos personajes—fauna novísima—el automóvil, la bicicleta, los skis, los areoplanos, el ascensor, el radiador, el globo. Era curioso sentir la imaginación del autor

haciendo que en un restaurant cercano de una cochera, los macarrones quisieran hacerse tan gordos como los neumáticos del automóvil.

Esta renovación del sentido anticuado de la fábula, se contrariaba en Franc-Noahin por su resurrección de tipos que ganaban la actualidad por la manera que usaba el autor de traerlos a la situación contemporánea. No al estilo de Delteil—en «Jeanne d'Arc»—sino poniendo al alcance de las circunstancias, figuras a lo mejor olvidadas. Así, su «Bayard, ou la gentillesse française» donde aquel caballero, el quijotesco sin tacha, daba ejemplos a la gente de hoy con sus procedimientos y sus gestos admirables.

Compañero de Alfred Jarry, inició con éste y Claude Terrasse un teatro de marionetas. Así representaron «Ubu-Roi» y «Vive la France». No encontraban actores a su gusto y se dedicaban ellos mismos a tirar de los cordeles y hablar por sus personajes. Los números cantados estaban a cargo de dos chantres de la iglesia de la Trinidad donde Terrasse era organista.

Del último libro de Franc-Nohain, «Guide du bon sens». —Ed. des Portiques—sacamos estas reflexiones, notables por su rareza en medio de una literatura desbaratada y pesimista, como es la de nuestros días:

«Oponer el amor al matrimonio, ha sido la invención mentirosa de un amante que no quería casarse con su querida o de una mujer que temía la maternidad».

«Convengo en que el ejemplo de Romeo y Julieta brilla más que el de Filemón y Baucis, pero su dicha dura menos tiempo. ¿Y se sabe, acaso, lo que hubiera sido la vida matrimonial de Romeo y Julieta?».

«No te quejes si tu felicidad conyugal parece haberse reducido muy pronto a una serie de hábitos... *Ily a de delicieuses habitudes!*».